

Necrología

SEPELIO DEL DOCTOR JULIAN ARCE.

*Discurso del Dr. Raúl Rebagliati, En representación de la
Facultad de Medicina.*

Señores :

Ha muerto un varón ilustre. El doctor Julián Arce, valor indiscutible de la Medicina Peruana y uno de los hombres más representativos de su generación, yace en este féretro, que rodeamos, en ceremonia solemne y conmovedora, sus amigos, sus camaradas, sus discípulos.

Hondo pesar affige en estos momentos a la Facultad de Medicina, porque con el doctor Arce desaparece uno de sus miembros más distinguidos y que más trabajara por el progreso y el prestigio de la Institución a la que dedicó la mejor parte de sus valiosas actividades:

Interesante y ejemplar la vida de don Julián, como cariñosamente le nombrábamos quienes tuvimos la suerte de frecuentar su trato. Nació en Lima, el 15 de febrero de 1863. Después de brillantes estudios secundarios, Arce ingresa a la Universidad de San Marcos, en 1878, matriculándose, dos años después, en la Escuela de Medicina. Que fué estudiante distinguido lo prueban la contenta de Doctor, concedida en 1886, y sus tesis de Bachiller y de Doctor, esta última de gran valor científico, pues demostraba ya que la llamada Fiebre de la Oroya era la forma aguda y grave de la Verruga Peruana.

El doctor Arce perteneció a esa falange de estudiantes compañeros de Carrión que adquirieron ante sí mismo el compromiso de trabajar por la Medicina Peruana y realizar el estudio de nuestras enfermedades autóctonas. Carrión se inmoló voluntariamente a ese ideal. Odriozola y Arce, principalmente, continuaron la obra, aportando constantemente nuevas observaciones y estudios con tal entusiasmo, decisión y asiduidad que casi agotaron el estudio clínico de la enfermedad peruana que lleva el nombre del compañero mártir.

Inició su labor profesional en provincias del Norte del Perú, comisionado por el Gobierno, a propuesta de la Facultad de Medicina, para efectuar estudios sanitarios y luego, entre 1890 y 1900, fué médico en establecimientos agrícolas de las provincias de Chancay y Chiclayo, de donde enviaba contribuciones clínicas que aparecían en revistas científicas de la época. Fué entonces que comenzó a especializarse en Patología Tropical, disciplina que llegó a dominar por completo. De regreso a Lima, en 1901, fué elegido miembro titular de la Academia Nacional de Medicina, institución a la que prestigió con sus continuos e importantes trabajos científicos.

Llamado por el Gobierno de 1904, fundó la Dirección de Salubridad, que organizó atinadamente y a la que consagró, durante siete años, lo mejor de sus energías. En país como el nuestro, de dilatado territorio, con medios de comunicación difíciles y hasta impracticables, de población heterogénea e ignorante, sin la menor noción de salubridad, rebelde a los más elementales hábitos sanitarios, implantar métodos científicos e iniciar una legislación sanitaria era obra bien difícil. Arce, sin embargo, empleando unas veces la persuasión y la sagacidad, otras la intransigencia y otras la astucia, consiguió poner en marcha ese complicado mecanismo de la Dirección de Salubridad Pública. Todas las disposiciones sanitarias impuestas por él subsisten hasta hoy, pues son el fruto del estudio especial de nuestro medio. Dedicó al desempeño de su cargo tanta competencia y pureza administrativa que su salida, determinada por personal delicadeza ante acto arbitrario y deshonesto del Gobierno de 1911, fué una verdadera desgracia para la Salubridad del país. Todos conocemos la forma como - con raras y honrosas excepciones - han sido manejados estos asuntos por los funcionarios que vinieron después de él.

En las importantes comisiones que el doctor Arce desempeñó, reveló siempre su claro talento y su indiscutible probidad científica. Fué así como, en 1889, estudió la epidemia icterode aparecida en las provincias de Lambayeque y Chiclayo, negando la naturaleza de Fiebre Amarilla que se le atribuye; en 1892, contribuyó al éxito del Primer Congreso Antialcohólico; en 1903, dirigió el censo de Lima;

en 1913, fué uno de los más eficaces gestores del Congreso Médico Latino-Americano reunido en Lima y, en 1929, Director del Hospital "Arzobispo Loayza", proponiendo las medidas tendientes a mejorar las condiciones de ese nosocomio. Los informes de cada una de esas comisiones son verdaderos estudios científicos que servirán como fuentes de consulta.

En la Facultad de Medicina, el doctor Arce ha ocupado puesto de honor desde el año 1916, fecha de su ingreso como catedrático de Medicina Tropical. El fué el fundador de esa cátedra que, con cortos intervalos ocasionados por estado delicado de salud, ha desempeñado hasta su muerte. Conocida es la dedicación especial del profesor Arce al estudio de las enfermedades tropicales. El conocimiento de nuestra patología autóctona, particularmente la Verruga y la Uta, le deben contribuciones muy importantes. Aportando a la cátedra el acopio científico conseguido mediante la observación y el estudio y después de haber desempeñado la Dirección de Salubridad que contribuyó también a enriquecer este bagaje, la actuación del Doctor Arce en la cátedra de su especialidad no podía ser sino brillante, pues el maestro fué clínico notable. Observador y estudioso, no dejaba detalle por explicar en cada enfermo, empleando todos los posibles medios de diagnóstico, a fin de llegar a su conocimiento integral. Su profunda versación en las materias de su cátedra, que desarrollaba en su Sala de San Roque del Hospital "Dos de Mayo", su fácil y pintoresco léxico, su amor a la juventud a la que instruíra y educaba con austero ejemplo, hacían del doctor Arce un modelo de maestro a quien rodeaba la admiración y el respeto tanto de sus alumnos cuanto de sus compañeros de Facultad.

Tal la semblanza, rápidamente bosquejada, del médico ilustre, del funcionario probo, del maestro ejemplar. Todas sus actividades las desarrolló con inteligencia, tino y honradez científica. Su vida, sin embargo, fué de lucha constante contra los elementos adversos. El estado de su salud prematuramente quebrantada, acaso por exceso de trabajo intelectual, le mortificaba grandemente, impidiéndole completar su vasto programa de contribución científica. La incomprensión y a veces la mala voluntad de los hombres le cruzaron el camino en no pocas oportunidades. Su carácter serio y ecuánime, su voluntad firme y resuelta, su honradez rectilínea, su dignidad inquebrantable, la sinceridad y franqueza que ponía en todos sus actos pudieron hacerlo aparecer díscolo ante los hombres incapaces de alimentar tales dotes del espíritu, pero quienes le tratamos de cerca y aprovechamos sus enseñanzas en los campos científico, ético y afectivo sabemos bien que con Arce se va el representante de un linaje de hombres que es cada

vez más difícil encontrar en nuestra tierra: DON JULIAN ARCE FUE UN HOMBRE INTEGRO.

Maestro, amigo, compañero, descansa en paz!

*HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR
JULIAN ARCE.*

*Inauguración de un busto
Hospital "Dos de Mayo"*

Discurso del Doctor Raúl Rebagliati, delegado de la Facultad de Medicina y presidente de la Comisión Organizadora.

Señores:

Enaltece a las generaciones jóvenes el reconocimiento del mérito de los hombres que, con dignidad, les precedieron en la vida marcándoles el buen sendero, sobre todo de aquellos que se esforzaron por descubrir la verdad.

Concepto unánime es que la obra de Julián Arce, como profesional, como primer orientador de la Salubridad Pública, como publicista científico y como maestro, es labor muy apreciable, que se destaca de la generalidad de los actos humanos y que merece la perpetuación de su recuerdo.

Comprendiéndolo así, la Sociedad Médica "Daniel A. Carrión", constituida por jóvenes profesionales - todos los cuales se beneficiaron con las enseñanzas del maestro - tomó con cariño la iniciativa en la realización de este homenaje, auspiciado afectuosamente por la Facultad de Medicina, cuya representación traigo, y al que se adhieren la Academia Nacional de Medicina y el Sindicato de Médicos del Perú, instituciones todas que recuerdan con veneración al compañero desaparecido cuando aún tenía capacidad para continuar emitiendo las luces de su talento. Homenaje es este, modesto en su materialidad; grande, por lo que tiene de sincero y supremamente evocador.

Entre las figuras médicas contemporáneas, Arce se destaca ocupando uno de los más avanzados puestos, con los relieves de un verdadero hombre de ciencia. No trazaré ahora su biografía; no repetiré las sentidas frases vertidas, con emoción, hace un año, cerca del féretro que acaba de cerrarse; es inútil que me esfuerce en recordar lo que

todos sabemos sobre su labor científica, muy particularmente sus contribuciones tan apreciables tendientes al mejor conocimiento de nuestra patología autóctona. Voy a rememorar un período de su vida durante el cual tuve la suerte de acompañarle en sus estudios.

Quien, en el transcurso del año 1913, concurriera a este servicio hospitalario, Sala San Roque, habría visto llegar, diariamente, hacia las nueve de la mañana a un hombre de unos cincuenticinco años, más bien bajo de estatura, regularmente grueso de cuerpo, con ademán que denotaba prisa en comenzar, despojarse del sombrero y el bastón, calarse el albo atributo de jefe de servicio y dedicarse inmediatamente al exámen de sus enfermos, trocando la prisa inicial en calma para el interrogatorio, la observación y el análisis. Los enfermos de Verruga y de Uta eran examinados cuidadosa, detallada, pacientemente por este hombre, el doctor JULIAN ARCE.

Eran los meses anteriores a la celebración en Lima del Congreso Médico Panamericano. El doctor Arce estaba empeñado en presentar a ese certámen el acopio mayor de estudios sobre patología peruana y había comprometido la colaboración de varios jóvenes médicos, quienes, con entusiasmo, resolvían en cada caso los estudios de especialización que él les demandaba. Yo, modestamente, estaba encargado de los trabajos de laboratorio en todas las investigaciones de patología tropical, especialmente la Enfermedad de Carrión y las Leishmaniasis tegumentarias, y pude comprender entonces los alcances de la personalidad científica del doctor Arce. Dotado de un esquisito espíritu de observación, de tenacidad teutona en la investigación de las causas y de los efectos, de un método positivo de discernimiento y de clara visión de conjunto, Arce era un verdadero maestro en la dilucidación de los problemas que el mismo planteara y un valioso acicate en la labor de los demás.

Hay un detalle interesante de su vida científica que lo convierte en la personificación del carácter para la investigación. Dedicado hasta entónces exclusivamente a los aspectos clínico y epidemiológico de las enfermedades, estaba poco familiarizado con los conocimientos y la técnica micrográfica; su cultura en materia de hematología era muy sumaria, y habiéndose compenetrado de la absoluta necesidad de los estudios hematológicos para resolver cuestiones tan delicadas como la patogonia de la Anemia grave, emprendió ese estudio con tal tenacidad y decisión que, en poco tiempo, llegó a dominarla; sirviéndole ese esfuerzo para presentar una magnífica y bien documentada memoria sobre asunto tan interesante de la Enfermedad de Carrión.

Comprendiendo que el material de que podía disponerse en nuestros hospitales era insuficiente para llegar con mayor rapidez a conclusiones de importancia, auspició viajes a localidades del Perú donde reinan endémicamente la Verruga, la Uta, la Espundia, el Bocio endémico, etc. Es así como Monge efectuó un interesante viaje a la hoya del Urubamba, donde constató la existencia de la Anquilostomiasis; encontró algunos casos de diarrea tropical, que recientemente ha podido identificar con el Sprue; determinó la naturaleza leishmaniásica de la Juccuya, el Kceppo y el Tiac-araña, semejantes a la Espundia y, por último, precisó la naturaleza, del Bocio endémico, negándole relación con la enfermedad de Chagas. Gustiaturú y yo fuimos a algunas quebradas de la provincia de Huarochirí en busca de material para estudio de Verruga y de Uta, que se supo aprovechar ampliamente. La sala San Roque, que presentaba a la sazón una febril actividad científica, era el punto de convergencia de todo ese trabajo y Arce, el inspirado y decidido conductor de las labores.

El resultado fué brillante. La sección de Medicina Tropical fué en el Congreso la que más nutrida e importante contribución presentara. Quienes a él asistieron, llevaron la mejor impresión de la seriedad y el entusiasmo que aquí exhibiéramos para resolver las cuestiones nosológicas autóctonas. Arce afirmó en esa ocasión sus altas cualidades de investigador y polemista científico. Como se recuerda, llegó al Congreso la comunicación preliminar de la Comisión Americana presidida por Strong, según la cual se volvía a plantear la dualidad etiológica de la Verruga y la Fiebre de la Oroya, concepto que Arce, entre otros, se encargó de destruir aportando las mejores razones clínicas y epidemiológicas comprobatorias de la unidad establecida experimentalmente desde el sacrificio de Carrión.

Señores: La investigación en el campo de la Medicina sólo puede ser acometida por quienes reúnen condiciones especiales de cultura científica, de sinceridad, de perseverancia y de autocrítica; condiciones que excepcionalmente concurren en un mismo individuo. No es suficiente agotar la bibliografía, conocer el estado actual de un asunto concreto; es necesario poseer sólidos conocimientos generales y poder relacionar los diversos aspectos de ese asunto con otros que le son afines. Sorprender un fenómeno aislado no autoriza a generalizarlo; precisa repetir el fenómeno, si es posible variando la cuantía y los matices de los factores que intervienen en su producción; observando pacientemente en cada caso, anotando las observaciones, para después estudiarlas y establecer conclusiones. Falsear los resultados, partiendo de fantasías y de datos puramente imagina-

tivos es torpe afán de quienes sólo pueden alcanzar efímero triunfo. Un sólo vocablo resume la virtud científica: SINCERIDAD. Sinceridad para reconocer la ignorancia y procurar la cultura. Sinceridad en la observación de los fenómenos causales y derivados. Sinceridad en el reconocimiento de la labor de los demás investigadores y estudiosos. Sinceridad en la exposición de los resultados obtenidos. La misma sinceridad que reclamamos para el hombre en todos los aspectos de su vida social, pues quien posee esta virtud es con secuentemente honrado y veraz.

JULIAN ARCE perteneció, científica y socialmente, a la categoría de hombres sinceros. Por eso gozó del afecto de quienes podían comprenderle. Sus compañeros, sus amigos, sus discípulos, sabían bien que el sólo se inspiraba en la VERDAD para conseguir la VERDAD. Su obra puede contener errores, pero estos no fueron nunca resultado de nada diferente de la sinceridad misma con que la plasmara en la época de su enunciación. En la contemplación de los fenómenos biológicos, extraviarse en el camino es bastante frecuente. Un mismo hecho puede depender de causas diferentes. La misma causa, según las condiciones, se modifica para producir distintos efectos. Nuevos rayos de luz mejoran las condiciones de observación y permiten descubrir o aclarar lo que, hasta la víspera, permanecía oculto o deformado.....

Este sencillo monumento, erigido frente a la entrada del recinto que contiguera el principal escenario de las actividades científicas de Julián Arce, renovará el recuerdo del hombre bueno, profesional investigador y estudioso, maestro probo y honorable, inspirado siempre en la sinceridad de su devoción por la ciencia. Vigilante de la posteridad—que analiza los hechos y juzga imparcialmente la obra de los hombres—será el símbolo material evocador de aquel cuyas virtudes servirán de guía y estímulo en el noble afán de la investigación científica y el perfeccionamiento de la cultura, actividad humana que dignifica el espíritu y eleva la mentalidad sobre el plano de las mediocridades.

EN EL SEPELIO DEL DOCTOR BELISARIO SOSA

El doctor Raúl Rebagliati dijo que el hecho de hallarse la Universidad en estado de clausura no había permitido organizar debidamente la representación de la Facultad de Medicina, pero que él, en su carácter de Subdecano y último encargado del Decanato, tenía que expresar el profundo sentimiento que embargaba a todos los miembros de la Facultad por la desaparición del doctor Belisario Sosa, profesor

jubilado de Clínica Quirúrgica y Ex-Decano de la Facultad, que el doctor Sosa dejaba un amable recuerdo por sus indiscutibles cualidades de profesor, por su caballerosidad, su hombría de bien y su tino para continuar la obra de quienes, antes que él, tuvieron a su cargo la dirección de la Facultad de Medicina.

SEPELIO DEL DOCTOR RAMON E. RIBEYRO.

*Discurso del Dr. Raul Rebagliati, en representación de la
Facultad de Medicina*

Señores:

Valor intelectual de gran relieve es el que la Medicina Peruana y el país acaban de perder.

De ilustre abolengo intelectual y moral, el doctor Ramón E. Ribeyro se alzó, desde su juventud, sobre el llano de las mediocridades y supo conservar en todo tiempo y en toda oportunidad el nivel superior que su fuerte mentalidad, su amplia y selecta ilustración y su elevada ética le impusieron, como inspiradoras de todos los actos de su vida.

Nacido en Lima, en 1876, miembro de uno de los hogares más respetables de la ciudad, Ramón Ribeyro, al terminar sus estudios de Escuela y de Liceo bajo la dirección de los ilustres pedagogos Drinot y Whilar, ingresa a la Universidad en 1893 y, dos años después, a la Facultad de Medicina. Fué uno de los estudiantes más distinguidos de la época, como lo acreditan las contentas de Bachiller y de Doctor que, con rara unanimidad, le fueron disernidas por sus maestros. Su tesis para el bachillerato, «El análisis bacteriológico de las aguas. Estudio de las de Lima», es trabajo notable por la intensidad de labor que manifiesta y la importancia de sus conclusiones, revelándose ya Ribeyro como investigador serio y honesto: el mismo carácter que siempre habría de reconocérsele en todas sus actividades profesionales.

Enviado a Europa con la misión expresa de especializarse en Microbiología y en organización de establecimientos vaccinales, fué encargado, a su regreso, en 1905, de la Dirección del Instituto Nacional de Vacuna, en cuyos laboratorios ya había practicado, desde la iniciación de sus estudios médicos. La labor que desplegara desde entonces hasta 1919, en que fué separado por acto arbitrario e innoble del Gobierno, es reconocida por todos como uno de los esfuer-

zos técnicos más estimables, por su sinceridad y valor científico, que se hayan producido en el país. La personalidad de Ribeyro en el Instituto de Vacuna es de aquellos que se fijan para engrandecerse con el trascurso del tiempo. Los laboratorios organizados por él fueron el escenario donde plasmó su tesis doctoral, presentada en 1913, «Observaciones sobre la degeneración de la vacuna antivariólica e investigaciones sobre su agente etiológico», trabajo original, fruto de observaciones sobre el virus de la Vacuna y en que avanza conceptos sobre su naturaleza que más tarde habían de ser confirmados. Allí, también, sus aficiones a la Parasitología tuvieron campo de expansión, al punto de convertirlo en el especialista más versado en Protozoología, Helminología y Micología. A este respecto son muy importantes sus estudios sobre diversos Hongos, Tripanosomas, Critidias, Leishmanias, Amebas, Grahamellas, Bartonellas, Espiroquetas y sus investigaciones sobre el virus del Tifus exantemático; fué el primero entre nosotros en determinar el fenómeno de Mooser y la reacción de Weill-Felix y en aislar de la sangre el Enterococo. En colaboración con Arce y Mackehenie, logró transmitir experimentalmente la Verruga Peruana a monos, conejos y otros mamíferos. Inició las tentativas de inmunización contra la Enfermedad de Carrión y tenía en estudio un método de tratamiento de la endemia peruana. En el curso de estas investigaciones, fué alguna vez sorprendido en momento en que efectuaba inoculación a un animal de laboratorio; ¿qué hace usted, don Ramón?, le pregunta el visitante; inyecto «sonsina», responde Ribeyro, sin querer revelar el más mínimo detalle de un procedimiento del que no estaba seguro, a pesar de haber obtenido ya algunos triunfos: tal era la severidad que ponía en todos sus trabajos.

La Facultad de Medicina, cuya representación ejerzo en este triste y solemne momento, está abatida, confundida, cordialmente chocada por la pérdida de uno de sus miembros más distinguidos y que más lustre diera a la Institución, tanto en el país cuanto en el extranjero. Desde 1906 presta servicios, primero como Jefe de la Clínica Oftalmológica, después como Jefe del Laboratorio de Parasitología y, a partir de 1914, previo concurso, como catedrático titular de Parasitología. Si en los puestos subalternos fué estimable colaborador en la enseñanza, en su actuación como catedrático adquiere todos los relieves de indiscutible personalidad científica excepcionalmente preparada para ejercer la enseñanza del curso predilecto. Poseedor del amplio caudal intelectual que comprendía a la vez conocimientos sólidos de humanidades y de ciencia especializada, de agilidad mental propia del espíritu cultivado, de alto sentido ético en su relación con los hombres, de precisión en el juicio, de una pulcritud dialéctica muy

apreciable, de honestidad rectilínea, de afabilidad en el trato, de libertad en el juzgamiento y espíritu crítico, de tezon para el trabajo, Ribeyro reunía las condiciones que requiere lo que tenía que ser: un magnífico maestro, querido y respetado por colegas y discípulos. Estos últimos, producida la injusta separación de la Dirección del Instituto de Vacuna, organizaron un homenaje al maestro, como desagravio por la iniquidad cometida. Al agradecer la manifestación, Ribeyro, improvisando, con explicable calor emotivo, herido como estaba, no tuvo presente de inmediato sino el agravio recibido al que se refirió emitiendo el concepto de la inutilidad del esfuerzo por el cumplimiento del deber, pues acaso no se reciba en compensación sino maldades, ingraticudes e injusticias. Mas, al recapacitar en el valor de las frases vertidas imprudentemente, comprendiendo su alcance, dada la calidad de sus oyentes, suspende el discurso, medita y rectifica, para recomendar, como siempre, la ejecución de acciones nobles y patrióticas, en sentido opuesto a las que enunciara en primer término. Esta rectificación, señores, es de un sentido ético admirable. Personifica una de las virtudes justamente reconocidas en el ilustre compañero y leal amigo que nos deja sumidos en el dolor y el desconcierto. Como coincidencia extraña, que es al mismo tiempo premio a sus méritos de investigador y latigazo moral a sus detractores, Ribeyro recibía, al día siguiente de acordada su separación, el diploma de Miembro de la Sociedad de Patología Exótica de París.

Muere ejerciendo la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina de Lima, que lo consideró, desde su ingreso, entre sus miembros predilectos, por las virtudes que integraban su recia personalidad científica.

Ribeyro fué un espíritu cultivado en proporciones que no es frecuente encontrar. Estudioso, observador e investigador de temas científicos; admirador y conocedor sutil en cuestiones de Arte; cultivador de las bellas letras; entendido en achaques históricos y sociales, conducía su talento en el campo del desarrollo integral de la personalidad humana, siempre con el noble afán de acrescentar su agregado intelectual.

Así, Ribeyro es representativo del linaje de hombres cultos y capaces, honrados, finos y caballerosos, que dejan a su paso la buena huella. ¡Lástima que no se perpetúe su simientel!

Amigo: tu desaparición nos hunde en meditación entristecida. Tus compañeros de San Fernando mantendremos perennemente tu recuerdo porque fuiste bueno, leal y sincero, Mañana, cuando la casa de Unánue reabra sus puertas a la docencia, que falta nos harás, Ramón Ribeyro!

EN EL SEPELIO DEL DOCTOR ESTANISLAO
PARDO FIGUEROA.

Discurso del Doctor Raúl Rebagliati, En representación de la Facultad de Ciencias Médicas.

Señores :

Hora de duelo atraviesa la Facultad de Ciencias Médicas por la sensible pérdida del que fuera su catedrático de Clínica Médica, doctor Estanislao Pardo Figueroa y Nieto. Apenas profundamente contemplar cómo los maestros que guiaron nuestros pasos por la senda de la verdad van desapareciendo del escenario de la vida. Pero reconforta el espíritu ver cómo los hombres que, como el profesor Pardo Figueroa, cumplieron su deber, llegan a la morada postrera rodeados del afecto y la estimación generales.

Nacido en Lima, en 1868, miembro de hogar respetable e ilustre, Pardo Figueroa inicia en 1886 sus estudios médicos, que corona, con éxito, en 1892. Discípulo predilecto del recordado maestro doctor Juan Cancio Castillo, ingresó, muy joven, a la docencia, como profesor Auxiliar de Nosografía Médica, que consiguió por concurso y cuyo titularato obtuvo luego. Todos recordamos el celo, que ponía en el desempeño de su importante cátedra, de la que pasó, por decisión de la Facultad, a la de Clínica Médica de Mujeres, en la que demostró sus dotes de investigador y de maestro. Hace pocos años, se retiró voluntariamente de la cátedra, obteniendo su jubilación.

La Facultad cuya representación traigo en esta triste ceremonia, tiene, además del reconocimiento por los importantes servicios docentes prestados por el profesor Pardo Figueroa, una deuda de gratitud que no puede silenciar en este momento. En su condición de miembro del Senado de la República y Presidente de la Comisión de Presupuesto, con gran solicitud para la institución que él amara tanto, obtuvo para nuestra Facultad la dación de una ley mediante la cual se creó una renta que sigue haciéndose efectiva y que tiende a la erección y sostenimiento de un Policlínico, que haría más efectiva la enseñanza médica.

La Academia Nacional de Medicina, donde ocupó un sillón como miembro de número, lo eligió su Presidente, en cuyo cargo puso de manifiesto sus apreciables condiciones directivas. Fué Subdirector

y Director interino del Instituto Nacional de Vacuna, en época muy difícil para la Salubridad del país, el que, mediante el celo desplegado por el Dr. Pardo Figueroa, pudo contar con enorme cantidad de fluido vacuno, lo que permitió aún la exportación de este producto a países vecinos. La Conferencia Nacional Antivenérea, reunida en Lima, en 1928, debió gran parte de su éxito al tino con que el doctor Pardo Figueroa presidió las labores de esa importante reunión científica.

Tal, a grandes rasgos, la personalidad del esclarecido varón cuyo féretro rodeamos, acongojados, en este triste y solemne momento. Hombre bueno, médico y maesro distinguido, ciudadano ejemplar: esto es, en resúmen, la personalidad de quien otorgara a la Facultad de Medicina las mejores luces de su cerebro y la mayor energía de su corazón, dispuesto siempre a acoger y estimular las buenas causas.

Maestro y compañero, descansa en páz!